

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

No mates, no hurtas, no mientas, no provariques, honra á tus padres: en suma, cumple la ley de Dios, amándole y sirviéndole.—Moisés.
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—Aristóteles.
Conócete á tí mismo.—Sócrates.
Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—Zoroastro.
Todos los humanos son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que posean.—Budha.
Amaos los unos á los otros.—Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.—Jesús.
La piedad no consiste en volver el rostro hacia Levante ó al Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso.—Mahoma.

El paisano que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—Lutero.
Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia humana que debía regirse por las leyes del amor. Mortales, todos sois hermanos.—Voltaire.
Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—Kant.
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—Kreuzer.
Que la Verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos polvo los tronos, y se soteren bajo el fango los adoradores del vellocino de oro si se interponen en su camino: paso, paso á la Verdad divina.—El Espíritu del siglo.

NÚM. 1.º

Madrid, trim. 2 pías. | Extranjero, año. 12 pías.
Provincias, id. 25 | Ultramar, id. 20
Número suelto del día, 10 céntos. Atrasado, 25 id.

La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.
Administración: Corredora baja, 50, segundo.

Domingo 4 de Febrero de 1883.

Redactores: Ramon Chies, Demófilo.

La redacción no responde de los artículos firmados.
No devuelva los manuscritos.
La Administración no acepta anuncios de pago.

AÑO I

ADVERTENCIA

Rogamos á las personas que quieran honrarnos con su suscripción lo hagan sin pérdida de tiempo, si quieren recibir el número próximo.

Dos palabras al lector.

En periodos como el presente, en que se ve y se toca cuán poco valen las palabras y las promesas, es inocencia escribir prospectos. Preferimos ofrecer á nuestros lectores, como muestra, un número de los que, contando con su adhesión y simpatía han de formar la sucesiva serie de LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO.

Nos limitaremos, pues, á decir en cabeza de este primer número, no lo que vamos á hacer, sino el sentimiento que nos mueve, y esto en brevísimas palabras.

La Monarquía está, ante el Derecho, muerta; la Religión del simbolismo está muerta; el espíritu del tercer estado, ó clase media, que vino á gobernar tras la gloriosa Revolución francesa, está depravado y corrompido por el influjo de las riquezas. Queremos mostrar noble y francamente al público las plagas de esas instituciones decrepitas, no buscando el apoyo en las bayonetas, que sostienen esos restos de un mundo que se desmorona á nuestra vista, sino en la noble y severa razón. Venimos á decir á la Monarquía y á la Iglesia: «¡Paso al espíritu del siglo!» Venimos á decir á la clase media: «¡Paso al cuarto estado, que te sostiene y nos sostiene á todos!» venimos á demostrarles que no tienen razón de ser, que sus horas están contadas. Venimos, á la vez, á decir al cuarto estado, que es nuestro hermano querido: «Serás tan infame como nuestros enemigos si te inspiras en la ley de represalias; serás un torpe, si entiendes que puedes gobernar bajo la dirección del albañil, del carpintero, del cajista de imprenta, que ejercen una profesión, sin duda, tan noble como la del magistrado y del ministro, pero que les constituye incapaces para gobernar el Estado, como lo serían para cincelar una estatua: cada arte, y la del político es una de las más difíciles, exige su aptitud y su práctica, y esos que en los antros alimentan tus peores pasiones y pueden ser en su día una perturbación para que impere el derecho, son, ó ignorantes, ó fanáticos, ó malvados.»

Clases conservadoras, Monarquía é Iglesia: si teneis instinto, debéis considerarnos como hermanos, cuando venimos armados con la «Libertad del Pensamiento», con la espada de la Razón, á ayudar pacíficamente á lanzaros del lugar que ocupáis. Elegid, entre ser arrollados, por las pasiones que se oyen rugir en la sombra, alimentadas por vuestro egoísmo y vuestra torpeza, ó on deslizaros suavemente, como ya lo hicisteis cuando os forzamos á proclamar la República.

Si teneis entendimiento; si el egoísmo no os ciega hasta lo inverosímil, debéis echarnos los brazos como compañeros en la obra del desenvolvimiento social.

En cuanto á tí, cuarto estado, hijo del trabajo, sosten material de la República, ten por seguro que si ves un ribete conservador en los dos primeros redactores de este periódico, es porque tienen la firme convicción de que así sirven del modo más eficaz á tu causa,

que forma el ideal que alientan en la médula de sus huesos.

¡Paso, paso, conservadores! Dejados gritar con la rama de oliva en la mano: ¡Viva la República!



Nuestros lemas.

Guiábase el hombre por el instinto: robaba, violaba, esclavizaba; no tenía respeto á los lazos de la sangre, ofrecía víctimas humanas al pie de los altares en que adoraba bestias; entonces se oyó descender del Sinai, entre el trueno y el rayo, una voz que dijo: «No mates, no hurtas, no mientas, no provariques, honra á tus padres; en suma, cumple la ley de Dios amándole y sirviéndole.»

Más al Oriente, entre una atmósfera perfumada por el sándalo, en medio de una naturaleza espléndida, que excitaba á gozar á los sentidos, dejándoles perplejos acerca del camino que debía seguir nuestra doble naturaleza racional y sensible, el viejo Manú había dicho muchos siglos antes: «La fuente de la vida es la ciencia...; en caso de duda, el juez supremo es la conciencia.»

Sócrates, en un rincón de la tierra radiante de belleza, exclama con sentido semejante: «Conócete á tí mismo.»

La voz de fuera, la de Dios, á que apela Moisés, y la de dentro, que es un eco de aquélla, la conciencia, que invocaban Manú y Sócrates, no pueden seguirse serenamente sin vencer la esclavitud de la carne. Para hacer vida racional, hay que doblegar la naturaleza que nos circunda, hay que enseñorearnos de ella. Así lo comprende Zoroastro, y dirigiéndose al hombre, le dice: «Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra, cubriéndola de vegetales y animales útiles.»

La lucha á que incita la carne, continuaba, sin embargo. Los más fuertes dominaban á los más débiles; ciertos grupos de hombres se creían de extirpe superior á otros grupos; había castas, había ricos y pobres, había afortunados y desheredados; cuando en el mismo lugar donde la desigualdad era más absoluta, donde existían hombres como los pájaros, de inferior categoría que las fieras á los ojos de la sociedad; un príncipe real, negando su abolengo de sangre, para defender el más noble de la idea, como hoy debieran hacer los descendientes de los reyes que tenían corazón para amar al pueblo y la igualdad establecida por Dios, deja el trono vacío y corre á ponerse á la cabeza de los desheredados diciendo con voz dulcísima, empapada en el amor humano de que rebosaba su alma: «Todos los hombres son iguales; no hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.» Cientos de millones de fieles que se vienen renovando á cada generación desde hace veinticinco siglos, siguen aquella voz del amoroso Budha.

Otra parecida, pero que resuena en nuestros oídos más dulcemente aún, porque está perfumada con los sentimientos que han arrollado nuestra cuna y han hermozeado nuestra vida y la de nuestros padres, de nuestros hermanos, de la raza de hombres á que pertenecemos, la del Cristo, dice con uníon tiernísima: «Amaos los unos á los otros. Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos.»

Todavía dormía en el Oriente un pueblo que pertenece á una de las razas más nobles humanas, mientras los restantes habían abierto el alma hacia largo tiempo á la luz de las ideas. Mahoma le despertó á la vida de la razón, diciendo: «La piedad no consiste en volver el rostro á Levante ó al Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso.»

La carne seguía empero excitando á la concupiscencia. La misma Roma, capital del cristianismo, se echaba en brazos del mundo pagano. Los Papas habitaban calzazares suntuosos y se ostentaban al público como sólo habían osado hacerlo los sátrapas orientales, llevados en hombros sobre palanquines, y deslumbrantes de oro, tisú, púrpura y piedras preciosas.

El desbordamiento de Roma hacia lo pagano llega á tanto que desprecia la hermosa catedral gótica, irradiación pura del cristianismo hacia las regiones celestes, y pretende

erigir sobre sus ruinas otra catedral, la de San Pedro, de formas griegas y romanas. Mas la terminación de aquella fábrica soberbia y el sostenimiento de los festejos de que se rodea la corte romana, exige dinero, mucho dinero. Leon X despacha ejércitos de frailes que van ofreciendo por todas partes la vida eterna á cambio de espaldas.

Entonces, de los lugares mismos de donde habían salido aquellos bárbaros destinados á encarnar el cristianismo en la tierra, se oye rugir terrible protesta. Lutero, á la cabeza de los germanos amantes del cristianismo puro, que hacia tiempo venían escandalizados de lo que pasaba en la corte de Roma, proclama que la santidad no está en el hábito que se viste, sino en la bondad de los actos:

«El paisano que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.»

Hé aquí á Dios en el seno del hogar, en el taller del honrado obrero, en el Tribunal, en el Parlamento: hé aquí á Dios secularizado; ya sólo falta un genio á trevijo que lleve la piqueta sobre el viejo templo y acabe de minar sus cimientos. Vedle, vedle llegar triunfante gritando: «Desde la India hasta la Francia, el sol no ve más que una familia inmensa, que debía regirse por las leyes del amor. Mortales: todos sois hermanos.» Tal proclama Voltaire, en medio de un aplauso universal.

Pero la Humanidad era ya vieja, y comprendiendo lo deleznable del terreno del sentimiento en que hasta entonces había edificado; busca otro más firme y seguro. Un monstruo de la inteligencia, Kant, demuestra con rigidez matemática la necesidad de la ley moral: «Haz el bien—por el bien. No emplees jamás la Humanidad como un simple medio; respétala como un fin.»

Otro genio de pureza inmaculada, que por lo mismo ha hecho su mella en nuestra alma, la cual, dígame lo que se quiera, será dada siempre á enamorarse de lo noble, justará por eterno lanzas en favor de las ideales Dulcineas, Krause, cuyo espíritu rebosa uníon y armonía, ha demostrado que:

«El hombre debe realizar bajo Dios, la armonía de la Naturaleza y del Espíritu, en forma de voluntad racional y por el puro bien.»

Hoy, miles y miles de voces que no se podían contar, el «Espíritu del Siglo», que indaga infatigable las raíces todas de la vida y envía sus apóstoles á recibir la muerte entre las tribus bárbaras de Africa, con la idea de ser útil á la ciencia, ó presenta su pecho valiente en las barricadas, creyendo que puede salvar la sociedad, ese Espíritu dice á todo el que quiere oírle:

«Que la verdad se enseñoree sin rival sobre la tierra; que se desplomen los templos, y caigan hechos polvo los tronos, y se soteren bajo el fango los adoradores del vellocino de oro, si se interponen en su camino: paso, paso á la verdad divina.»

Si ahora reparas bien, lector, en todo lo que acamos de escribir, hallarás que los pensadores y reveladores de la conciencia, en vez de antitéticos como ha querido presentárselos, vienen á coincidir en esencia. El Dios que se ha invocado en la Edad Antigua y en la presente, el de Occidente como el de Oriente, el que confesaban Cristo y Mahoma, Gregorio VII y Lutero, es idéntico.

Esto es tan claro como la luz; que así como el sol es tan sol en el Norte como en el Mediodía, aunque allí se presente cubierto de brumas y aquí luzca con esplendor, igualmente Dios, el Sér que sostiene el universo mundo, es el mismo en todas las edades y pueblos, aunque cada pueblo y edad le haya visto bajo su aspecto y hasta se haya empeñado en darle forma personal finita, á imágen y semejanza nuestra.

Lo que resulta de todo esto es, que es infame, es infame y es torpe, que los hombres se detesten, que lleguen á encender hogueras contra sus hermanos por divergencias religiosas, cuando todos invocan el mismo Dios.

Acabe ya esta ley bárbara en las relaciones humanas. Dejemos volar libremente el pensamiento hacia todas las regiones, inluso hacia la del Sér origen de toda vida; dejémosle tranquilos hasta extraviarse y soñar; el extravío, el sueño, que lo han tenido los pensadores más sólidos, los hombres más inspirados, desaparece sin dejar rastro; el

milagro de que se han valido el cristianismo y el mahometismo y casi todas las religiones queda relegado á las regiones del olvido; en cambio subsisten y subsistirán siempre, como bálsamos del alma, ideas como éstas: «amaos los unos á los otros;» «sé clemente y misericordioso.»

¡Ved, ved, ved separaros el pensamiento, y tened más confianza en la infinita Sabiduría del que le ha formado de constitución libre, y menos en esos soberbios pretenciosos que quieren enmendar la obra de Dios, poniéndole mordazas.

De nuestra parte, con el alma saturada del espíritu de tolerancia de nuestro gran siglo, os declinamos: católicos, protestantes, musulmanes, budhistas, ateos, materialistas, si amais la justicia, y la fraternidad, y la caridad y el trabajo; si sois buenos hijos, y hermanos, y amigos, y ciudadanos; si sentís la piedad en vuestro corazón en presencia del desvalido y menesteroso; si estais prontos á sacrificar vuestra vida en defensa de los desheredados y contra la iniquidad, cualquiera que sea el traje que llevéis, el signo que os distinga, el altar en que os prosternéis; sois hermanos nuestros en Dios.

Reveladores de la conciencia, que habeis formado, de un bruto, un hombre, enviadnos un rayo del océano de luz en que estais morando! ¡Que vuestros manes infundan verdad en nuestra inteligencia, amor en nuestro corazón!

Coalición.

Se trata de una casa que cuenta numerosa familia. Desgraciadamente falta el padre; en su lugar hay un tutor.

Este, como todos los de su género, gasta, derrocha, goza, triunfa, se cura solamente de sí, no eleva ni educa para regirse por sí propios, á sus pupilos. Uno de éstos logra, sin embargo, dar con cierto libro de educación en sus manos, observa además lo que ocurre en la casa del vecino, gobernada por padres, y se forma á sí mismo en el silencio. Ya educado, convoca á sus hermanos: los habla de libertad, de sus derechos manciados por el tutor, de la iniquidad con que son tratados, y encendiendo el entusiasmo en sus corazones, en un día hacen rodar hasta el abismo á su tirano.

Pero viene luego lo más difícil. ¿Cómo participar del gobierno de la casa todos, no estando educados para ello? El gobierno supone unidad de miras, concierto de voluntades, dominio de sí, prevision, y los desdichados carecen de todas esas dotes.

El ladino tutor lo comprende; se aprovecha de sus vacilaciones: compra con su oro á unos, mete zizaña entre los otros, los divide, los subleva, y cuando más revueltos andan, ofrécese como salvador: vence.

Entronizado de nuevo en el gobierno de la casa, comprende que su situación es quebradiza. Al principio hacia indisoutible su derecho á la tutoría eterna; luego invoca el bien y derecho de sus pupilos, su tranquilidad y orden: y compra á unos, ilusiona á otros, encarcela á aquéllos, arroja del hogar á éstos que se le oponen, y repartiendo á manos llenas mercedes, con los bienes de la familia, entre los que más le pueden hacer sombra, logra vivir en aparente bienandanza.

¿Qué hace el resto de la familia? ¿qué hacen los demás? callan: se creen culpables, se creen torpes, desconfían de sí mismos. Pero es que desconfían de su derecho! ¡Ah! Eso nunca. Su derecho lo guardan allí en el fondo de su alma; les habla en secreto todos los días, todos los momentos. Aqual tutor ocupa un puesto que no le pertenece: esto es cosa ya fuera de duda; lo com-

prende desde el primero al último; el más convencido es el tutor mismo.

Un día se reúnen en conciliábulo los hermanos: murmuran palabras al oído, se concertan para hacer algo, invocan el derecho comun, y alguno de ellos, armado de aqual poder secreto, se presenta triunfante al lado del tutor, se alza, mira con altanería: el tutor teme, y cede. El ceado se encumbra, y ya que está encumbrado, merced á haber invocado el derecho comun, se olvida de sus hermanos, se compincha con el tutor, recibe su oro: se acanalla.

Ha sido un átomo arrojado por el viento que sopla de lugar invisible. Pero ese lugar queda, el origen del viento queda también, y no acaba ni podrá acabarse; el derecho de los pupilos á gobernarse por sí mismos al llegar á la mayoría de edad, es inalienable; no está en la voluntad de ellos mismos cederlo, no hay mano que alcance á arrancarlo de sus entrañas, donde tiene su asiento. Sólo la torpeza propia, la ignorancia ó el pecado, pueden hacerlos vivir bajo tutela.

Mas lo extraño es que en la casa de que se trata, los pupilos no tienen nada de torpes. ¿Qué comparación cabe entre su capacidad y la del tutor? Este ni ha explicado cátedras, ni escrito obras, ni defendido pleitos, ni dirigido industrias, ni compuesto dramas; no ha hecho ninguna de esas cosas que son la expresión externa de alentar un alto espíritu dentro. Además, aunque poseyera dotes naturales para llegar á donde el que más, le es imposible, por las condiciones que le cercan, consagrarse á esos lentos y sesudos trabajos que exige el dominio de cualquiera de los fines en que se despliega la vida. En cambio, entre los hermanos de la casa, los hay ingenieros, filósofos oradores, grandes industriales y agricultores, artistas geniales.

¿Puede, pues, darse mayor aberración?

¿Qué se diría del profesor que mandase ocupar su sillón á uno de sus alumnos para presidir la clase? Lo que digo de mi vecino, en cuya casa el padre, que es todo un sabio y un hombre honrado, ha entregado las riendas del gobierno de la familia en manos de un hijo imberbe, y éste, que es un chico listo, pero mal dirigido, no se ocupa más que de comprar caballos, pasear, divertirse, y ya he visto dias pasados á uno de sus hermanos con el traje destrozado, medio descalzo y con señales de hambre en el semblante.

No se puede dudar que, con toda la fama de sabio de mi vecino y con las que dió el profesor que pone de presidente de la clase á un jovencuelo, al hacer aquellos brillantes ejercicios de oposición que le dieron la cátedra, hay en ellos algo de falso, algo de vicioso. Su cerebro, ó su corazón, ó su brazo, ó su intencion, esconden algo imperfecto, algo dañado.

Pues lo mismo digo de los individuos de la casa que están bajo tutela. Discuten entre sí sobre si el uno es alto y el otro es mediano y el de más acá pequeño; pero ¿qué hace esto, digo yo, para gobernarse por sí mismos? Supriman el tutor; encárguese luego de gobernar la casa el más simpático, tenga más ó menos pulgadas de estatura; eso ya es asunto de detalle. Dejará de mirar por la casa mejor que el tutor, aunque sea el peor de los hermanos? Tiene más inteligencia, más amor á la familia, más corazón.